

LAS FRASES

Rodillas maltrechas

«Cuando acabe el curso necesito descansar; llevo cuatro años sin parar por culpa de las lesiones»

Su objetivo

«Puedo firmar uno, dos o cinco años, pero tengo claro que no me voy a arrastrar», dijo en 2012

'Atrezzo' modesto

El central se despidió con humildad en la ciudad deportiva y con los gurús de la plantilla con 'La Roja'

Compañerismo

«Te hace mejor jugador y mejor persona», ha dicho de él Xavi Hernández

SUS NÚMEROS

593

partidos ha disputado Carles Puyol en el primer equipo del Barcelona.

15

temporadas consecutivas en el Barça, en el que debutó con Louis Van Gaal.

23

títulos ha acumulado el central en su carrera en el equipo blaugrana y la selección.

18

goles ha marcado el futbolista leridano desde que dio el salto al primer equipo.

JON AGIRIANO



EL HÉROE Y EL HOMBRE

Hace un año, exactamente el 15 de marzo de 2013, el Fútbol Club Barcelona anunció en un comunicado que Carles Puyol había sido sometido a una cirugía artroscópica para eliminarle unas molestias que tenía en la rodilla derecha. Recuerdo que, al día siguiente, varios periódicos coincidieron al publicar una infografía impactante. A partir de un dibujo o de una foto del futbolista, se detallaban, con puntos negros o asteriscos en los lugares indicados, todas y cada una de las lesiones que había sufrido a lo largo de su carrera, desde la primera en diciembre de 2000 –una osteo-

condritis con fractura ostocondral en el condilo femoral interno de la rodilla derecha que le obligó a pasar por el quirófano y le tuvo tres meses de baja– hasta la última, ya citada, que entonces hacía la número 38. (Y que realmente no ha sido la última porque tres meses después, el 19 de junio de 2013, el capitán azulgrana volvió a ser intervenido de su rodilla derecha para extraerle un quiste de Baker).

Era imposible no impresionarse viendo aquel dibujo, que era como la cartografía del infierno para un hipocondríaco y producía el efecto inquietante de un Ecce Homo. Puyol se había roto, fisurado, contusionado, elongado, luxado, contracturado, descuadrado o directamente espachurrado tantas partes de su cuerpo que uno, sin quererlo, se ponía a buscar inmediatamente aquellas pocas zonas que no habían sufrido daños. Era una reacción lógica, el mismo acto reflejo de quien se pone a buscar vida entre los escombros de un terremoto. Había que fijarse bien en Puyol. ¡En lo poco que podía salvarse de ese corpachón tan maltratado!

La realidad no era tan angustiosa y uno lo comprendía cuando, a los pocos días de la lesión de turno, veía al jugador de la Poble de Segur machacándose en el gimnasio como si fuera un personaje hipermotivado de Stallone. Se trataba de volver rápido al equipo, algo que conseguía siempre, antes o después. Puyol era la misma fiera en esos ejercicios de recuperación que luego en el campo. De manera que terminabas sugestionándote con su increíble fortaleza y pensando que, en realidad, sus visitas

a la enfermería eran como las que cualquier superhéroe haría al taller en el que, de regreso de sus aventuras, le desabollan la chapa y le arreglan su cableado cibernético para ponerle de nuevo en acción.

El anuncio que hizo ayer el capitán del Barça, por tanto, no deja de ser una demostración de humanidad. Puyol no es Superman y eso que, cuando era niño, le encantaba ponerse su disfraz. Es un hombre y ha dicho basta. A unas semanas de cumplir los 36 años, tras ganarlo todo durante 19 temporadas en el club de su vida, se ha cansado de luchar. Nada hay más entendible que su cansancio. Y no lo decimos por su catálogo enciclopédico de lesiones sino porque, desde que era una promesa incierta de La Masía que lo mismo podía triunfar que ser descartado y acabar trabajando en la piscifactoría de su pueblo, la lucha de Puyol ha sido un acto de heroísmo.

Pocos futbolistas han explorado y alcanzado sus límites como lo ha hecho este catalán con alma de payés al que nadie podrá arrebatarle nunca el privilegio único de haber sido el capitán del mejor equipo de la historia. Rápido, fuerte, valiente hasta la temeridad, ambicioso, tenaz, duro, atento, feroz, incansable, solidario, respetuoso con el rival hasta el punto de recriminar en público a algunos de sus compañeros algunas estúpidas celebraciones de goles ante rivales... Carles Puyol, junto a su amigo Xavi Hernández, el único jugador que le supera en partidos con la camiseta blaugrana, representa lo mejor del Barça. Y del fútbol, en general. Ha vuelto a demostrarlo ahora, renunciado a dos años de contrato, a razón de 9 millones de euros cada uno. Y todo porque no se sentía capaz de darle al Barça lo que él siempre ha pensado que su club merecía: lo mejor de sí mismo, incluyendo en la lista, por supuesto, todos sus huesos, fibras, músculos y tendones, además de dientes, ojos y cráneo. ¡Sólo su melena no ha sido entregada y sacrificada en el altar culé!

A esto se le llama honestidad. O vestirse por los pies. O ser de verdad un hombre de club. No es extraño que se haya ganado el respeto y la admiración de todos. No ha habido muchos como él.

Viéndole en la sala de prensa de la ciudad deportiva de Sant Joan Despí –no quiso reservar la del Nou Camp en otro ejemplo de humildad–, uno nunca imaginaria que detrás de esa imagen de normalidad y con un 'atrezzo' tan modesto se esconde un palmarés impresionante, con seis Ligas, tres Champions, una Eurocopa y un Mundial.

Y es que los otros grandes gurús del club, como Xavi e Iniesta, entre otros, están concentrados con la selección. Tampoco había nadie de la directiva. Puyol no aceptó preguntas, pero dijo que responderá a todas las cuestiones al final del curso, cuando el símbolo se convierta en leyenda viva del barcelonismo. «No sé lo que haré el 30 de junio. Lo que sí tengo claro es que cuando acabe la temporada necesito descansar. Llevo cuatro años sin parar por culpa de las lesiones». Dejará huérfano al equipo con 36 años.

El sufrimiento por sus rodillas ha sido tan brutal que no sería exage-

rado aventurar que otro hubiera abandonado mucho antes. Los dolores eran insoportables y la carga anímica que tenía que soportar en cada recaída era difícil de sobrellevar. El exceso de responsabilidad, una virtud en la mayoría de los casos, ha sido un hándicap en su historia particular. Su sentido del deber era tan acusado que nunca llegaba a disfrutar del todo. Su fijación por las grandes metas le impedía sacar jugo a las pequeñas cosas de su carrera y de su vida personal.

La muerte de su padre

Puede parecer una contradicción, pero fue la tragedia del fallecimiento de su padre en noviembre de 2006, víctima de un accidente laboral con una retroexcavadora a los 56 años, le que le hizo despertar y ver el mundo de otra manera. Tocó fondo y emergió en plenitud para liderar dentro y fuera del campo a un Barça estelar e irrepetible. «Te hace mejor jugador y mejor persona», ha



subrayado Xavi Hernández.

Puyol fue, ha sido y es la referencia en el vestuario, el confesor en los malos momentos y el encargado de recibir y proteger a los jóvenes que dan el salto al primer equipo. Su inconfundible melena a lo Sansón ha recorrido los templos mundiales del fútbol –también en el centenar de encuentros que ha

sumado como internacional– y se ha agitado al viento sin descanso en persecución del rival o para despertar a los suyos cuando las cosas no funcionaban. Su ardor guerrero, su velocidad y su prodigiosa colocación han conducido al infierno a los numerosos delanteros que ha tenido que cubrir con la camiseta blaugrana y con 'La Roja'. El central será re-

cordado porque en Wembley, tras ganar la final de la Champions al Manchester United (3-1), le cedió su brazalete a Abidal, recién recuperado de una operación para extirparle un tumor en el hígado, para que levantara el trofeo. En enero nació su hija Manuela, la niña de sus ojos. El gran capitán tiene otras prioridades.